Tatiana Numerosky

Ella y yo

A mi Baby Lonia (Z´L 03-05-2017). Eterna Luchadora.

El mundo adulto. Ansiedad. Estrés. La sociedad corre, jamás descansa. Las horas del día no alcanzan. Mi mundo, tan diferente a su mundo. Será por eso que elijo encerrarme en mi habitación, para no perderme en ese laberinto de constantes alteraciones. Ahora me encuentro aquí, en la oscuridad. Lejos de los millones de seres humanos que viven bajo mi mismo cielo. Lejos de los ruidos que contaminan nuestro cerebro sin que nos demos cuenta. Porque, como con la mayoría de las molestias diarias, nos acostumbramos a vivir con ellas. Simplemente nos adaptamos.

Cuando llega este momento en el que me rodeo de solo cuatro paredes, cuatro paredes que marcan la frontera frente a ese mundo exterior que me aturde, es cuando me doy cuenta de que convivimos con cientos de obstáculos que nos impiden escucharnos a nosotros mismos. Mi habitación es mi pequeño refugio. En este lugar resguardo absolutamente cada parte de mi identidad. Almaceno las fotos, aquellos momentos que marcaron algo importante en mi vida y por ello decidí congelarlos para siempre, hacerlos recuerdos eternos. También está mi ropa, que de alguna u otra forma define mi personalidad. Está mi cultura, los cuadernos que recopilan mis pensamientos o los libros de los cuales extraigo nuevos conocimientos. Mi almohada, que para muchos será un objeto insignificante, pero que para mí es la constante protagonista de mis sueños.

La oscuridad me rodea. En este momento estamos mi conciencia y yo, nadie más. El silencio me aterra. Quizá porque me obliga a estar sola conmigo misma.

Ahora no tengo escapatoria, tengo que escucharme. ¡Y qué difícil es! Pienso, y cuanto más pienso, más entiendo por qué elijo estar acá y ahora. Cierro los ojos lentamente, y en cuestión de unos minutos me quedo plácidamente dormida. De pronto estoy sentada en el sillón de una casa que no es la mía. Los muebles tienen una línea antigua y en lugar de un equipo de audio de última tecnología hay un tocadiscos reproduciendo música clásica. Lo que me llama más la atención es la biblioteca. A diferencia de la mía que con suerte tiene diez libros, esta ocupa literalmente toda una pared. Decido acercarme para leer algunos titulares, pero encuentro un elemento que se adueña de mi atención; un álbum de fotos. No logro contener la curiosidad y lo extraigo de la biblioteca. Giro las páginas del álbum una y otra vez. En el medio de ese mar de caras extrañas, una de ellas me resulta familiar. Estoy convencida de que conozco a esa persona. Pero la conozco en una versión envejecida, como a su yo del futuro. Sumergida en mis intentos de reconocerla, escucho un ruido.

En la otra esquina de la habitación, una persona se sienta en la lujosa mesa de mármol que parece estar lista para recibir muchos invitados. La observo minuciosamente, una y otra vez. Sus rasgos me resultan conocidos. Abro los ojos con mucha intensidad cuando caigo en la cuenta de que se trataba de la persona que había reconocido en el álbum de fotos. ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué me resulta tan familiar?

En medio de mi desconcierto, la puerta principal se abre violentamente. Tres personas vestidas de uniforme y portando un arma entran a los gritos irrumpiendo

la calidez de la casa. No logro entender lo que dicen, su idioma no es español en absoluto. La mujer a quien había logrado reconocer se para a la velocidad de un rayo y corre desesperadamente Decido que lo mejor que puedo hacer es seguirla. Ingresa a una habitación y comienza a llenar una valija. Está pálida. Le hablo, pero no me escucha. Intento tranquilizarla, pero ni siquiera es consciente de que estoy aquí, parada atrás de ella.

Uno de los hombres grita nuevamente. Esto se pone cada vez más extraño. ¿Qué están buscando? Decido que lo mejor es buscar a otro miembro de la familia. Camino por el pasillo largo y oscuro hasta la habitación principal. Me encuentro a un hombre mayor abrazando a una mujer. Mis especulaciones dicen que quizás sean los dueños de casa. Están llorando a mares y sus lágrimas expresan desesperación. Arriba de la cama observo que también hay dos valijas. Alguien está por partir.

Los gritos llenan el ambiente por tercera vez. Sigo sin entender ni una sola palabra, pero por reglas de la naturaleza deduzco que son sonidos determinantes, que insinúan una última advertencia. La pareja a la que estaba observando toma las dos maletas que descansan sobre la cama matrimonial y salen corriendo. Me quedé congelada, sin saber hacia dónde dirigirme. Mi cuerpo estaba paralizado. Ahora, la familia a la que había visto en el álbum de fotos, se encuentra frente a la puerta que da a la calle en una especie de reunión familiar que no simulaba ser cálida ni mucho menos. Están horrorizados. Son seis.

Uno de los uniformados, que parecen soldados, interrumpe esa escena y da la señal de que deben cruzar la puerta y abandonar el hogar. Yo me quedo adentro, de todas formas nadie parece percatarse de mi presencia. Cuando ya no queda nadie en la casa, dos de los uniformados revuelven una y otra vez la vivienda. Mis prejuicios sobre que sean posibles delincuentes se agudizan aún más cuando les veo abrir una de las valijas que quedó olvidada en el suelo. Comienzan a colmarla de objetos de valor, relojes, cadenas de oro y dinero. ¿Se trata de un robo como los que salen en el noticiero a diario? ¿Son ladrones?

De repente uno de los dos se para frente a mí. Mi corazón se detiene cuando me percato de que posiblemente se haya dado cuenta de mi presencia y quiera secuestrarme a mí también. Sin embargo, sigo su mirada y veo que estaba fija en un cuadro que colgaba de la pared. ¡Qué ingenua! Seguro ese cuadro valga más que mi propia vida, y éste chanta quiere llevárselo. Mientras él se concentraba en ese objeto de valor, mi mirada se sumergió en un sin fin de razonamientos, cuando identifiqué en su uniforme un símbolo que me habían enseñado durante mis años escolares. El Hakenkreuz. La cruz cuyos brazos están doblados en ángulo recto y significa una sola cosa: este hombre es parte del partido Nazi. Ni delincuente ni secuestrador, militar.

Sin pensarlo dos veces, salí corriendo. Abrí la puerta y en cuestión de segundos me encontré en medio de miles de personas caminando hacia la misma dirección. Aceleré mi paso, tenía que encontrar a la mujer nuevamente. Pedirle que

no vaya. Ayudarla a escapar. A esconderse. Entonces empecé a correr con mayor velocidad.

En medio de mi huida encuentro entre la multitud una cabellera rubia como la suya. Cuando estoy por tomarla de la mano, para suplicarle que no siga a la masa, un niño pequeño se interpone en mi camino y salgo volando por los aires. Abro los ojos y esa situación espantosa se transforma en una imagen blanca. El techo de mi habitación. Ahí estaba nuevamente.

¿Cuántas veces soñaste que te estabas cayendo? Luego te despertaste y sentiste un gran alivio al saber que no te estabas resbalando por un precipicio y seguiste durmiendo. Pero esta vez no pude hacerlo. Lo vi todo, casi como si me hubiera pasado a mí. La diferencia es que yo pude abrir los ojos y respirar, sabiendo que estaba en casa y que nadie me sacaría de allí. Pero ella no tuvo escapatoria. Ella no pudo abrir los ojos para salvarse del hecho más horroroso de la vida humana, a ella la llevaron. Estuvo allá. Su cabellera rubia estaba caminando hacia el tren que la llevaría al lugar más feo del mundo, y yo estaba acá, trasladando su historia a mis sueños.

Una vez que logro recuperarme del impacto que me produjo la pesadilla, vuelvo a la soledad de mi habitación. Aprovechando este momento tan íntimo conmigo misma, intento expresar el contenido manifiesto de mi sueño para entender el porqué de todo esto. El silencio del ambiente me permite pensar profundamente y concentrarme en mi vida pasada. En mi memoria a largo plazo tengo almacenados

infinitos recuerdos. Dentro de estos, hay una persona en particular que es dueña de los más significativos: mi abuela. Me concentro entonces en uno de los recuerdos ¿o sueños? En el que estoy con ella.

Un día sentí la necesidad de ir a visitarla. Salí del colegio y me dirigí sola al edificio donde vivía. Esto era un acto de valentía total para mí ya que a los doce años me permitieron desplazarme sola por la ciudad. Tomé el ascensor para subir al séptimo piso donde se encontraba su departamento y cuando abrí la puerta del ascensor, la vi a ella. Su figura prácticamente esquelética se escondía en la oscuridad al fondo del pasillo. Estaba desnuda, y la palidez se había adueñado de su cuerpo. A medida que me acercaba a ella notaba cómo recobraba un poco de color. “Me robaron”, exclamaba una y otra vez. “Me sacaron todo” repetía mientras sus lágrimas golpeaban el suelo.

Asustada decidí acercarme a la puerta que, de todas formas, ya estaba entreabierta. Intenté escuchar algo, pero el único ruido que oía era el de mi propia respiración. Cuidadosamente recorrí cada habitación del hogar y allí no había nadie. Cada cosa estaba en su lugar. Me di media vuelta, y ella me miraba plenamente desconcertada. Seguía desnuda, y no era consciente de esto. La etapa en la que se olvidaba de algunas simples palabras, hábitos o costumbres había quedado atrás. Su cabeza estaba en otra sintonía, en otro lugar, distinto al mundo que podía percibir yo.

La tomé suavemente de la mano y la acerqué a su habitación. Su pijama estaba colgando de la manija de la puerta, así que lo agarré y se lo puse. Caminamos lentamente hasta la cama y nos acostamos juntas. Siempre nos gustó tirarnos a conversar. “Nos contaban, y yo temblaba” dijo casi tartamudeando. La miré. ¿Cómo?, le pregunté inmediatamente. Sin pensarlo dos veces, agarré el celular del bolsillo y abrí el programa para grabar audios. En cuestión de segundos, el Smartphone ya estaba siendo parte del momento más emocionante de mi vida. “Nos contaban, y yo temblaba porque si me descubrían primero me daban unos buenos palos y después nos mandaban a quemar al quemador”. Al escuchar esas palabras me quedé callada. Por mi cabeza pasaban miles de imágenes, pensamientos. Observé rápidamente mi brazo, mis pelos estaban de punta. Para mi sorpresa, ella seguía hablando: “Nosotros tenemos algo muy valioso, tenemos nuestro cerebro que nos maneja. Si sabes usarlo, podes ganar muchas batallas. Sabía que solo me podía matar una cámara de gas o una bala, sino nada más”.

Mientras mi abuela hablaba, su tenue voz me arrullaba. En mi mente circulaban infinitas conversaciones pasadas. Una vez me contó brevemente su historia. Ella vivía en Tomaszów Mazowiecki, donde creció en la casa de sus padres adinerados. La familia estaba integrada por el papá, Majer; la mamá, Tzipora; también por sus tres hermanos: Jacobo, Eda y Mendel. Cuando comenzó la guerra, mi abuela y su familia se escaparon a Varsovia, donde estuvieron por 25 días. Sin embargo, debieron volver a su casa, allí se encontraron con que los alemanes ya habían entrado a la ciudad, y estaban liquidando a la población. Luego, cuando Lonia tenía dieciséis años, al principio del cuarenta se formó el Gueto.

Se pinchó la burbuja de mis pensamientos cuando me di cuenta que mi abuela seguía hablando: “Nos dieron una parte donde metieron a bastantes judíos. No les interesó cuántos podían entrar en la pieza. No podías salir, porque debías tener un permiso. Hicieron formar filas y yo estaba en una fila y pasó Méngüele. Era un hombre alto, lindo, de ojos celestes y cuando te miraba, te miraba con un cariño como diciendo te voy a salvar. Parecía bonachón pero cuando no pudo conseguir lo que quiso te dio una patada que te reventaba las tripas. Estábamos paradas, yo adelante, mamá en el medio y mi hermana atrás. Me saca de la fila y mira mi pelo. En cuanto vio a mi hermana atrás dice ustedes son seguramente mellizas, y yo le digo que no porque ella es menor que yo. Cuando le dije esto me dio un empujón con sus botas que casi me revienta la panza. Yo no sabía de qué me salvaba”. Cuando dijo estas últimas palabras, se tomó el brazo y señaló un número borroso pero aun poco legible: A-15608.

Mientras pensaba, tome una fotografía de mi baúl de recuerdos. Esta imagen me llama mucho la atención porque muestra los rasgos de mi abuela cuando ella tenía veinte años. Se la ve delgada, como si hubiera estado años sin comer. Está desgastada, consumida. Puedo distinguir un cansancio radical en su mirada, estrés. Sin embargo sonríe, y es la sonrisa más verídica que jamás he visto. Está sentada en una mesa con un plato abundante de comida enfrente suyo. Su brazo izquierdo está de lado porque está sosteniendo lo que parece ser una taza de leche y en él puedo leer: A-15608. En el fondo de la foto se puede apreciar un sillón amarronado que está por delante de una pared repleta de libros. Mirando esta imagen, entendí

que mi sueño no era una escena inventada por el poder de mi energía psíquica, sino que había realizado una reconstrucción del relato de mi abuela y de la fotografía que tuve siempre en mi poder. Esta foto fue tomada unos meses posteriores a la participación de mi abuela en la Segunda Guerra Mundial, y decidí quedármela porque me transmitía una enseñanza de vida muy profunda. Ella había pasado por los años más largos de su existencia, por las experiencias más dolorosas, traumatizantes, inimaginables para cualquier ser humano. Y sin embargo allí estaba, irradiando alegría y esperanza. Enseñándonos a las generaciones posteriores, que nada es tan terrible y todo se puede afrontar. Que aun cuando la muerte amenaza con tocar nuestra puerta, nunca es tarde para empezar a vivir.

Recordar alivia. Los seres humanos somos expertos en trasladar al inconsciente aquellos episodios que nos lastiman, reprimiéndolos para que no lo hagan. Intentamos ocultar las historias más dolorosas, evitarlas. Pero así como el tatuaje de mi abuela es una mancha imborrable en su brazo, lo que vivió a lo largo de su adolescencia es una mancha negra que la acompañará por siempre. Yo no viví su historia, pero pude sentirla por medio de sus palabras. Ese día, mi abuela, me regaló la posibilidad de escuchar su testimonio, una historia que jamás había podido expresar, pero pudo hacerlo conmigo. Jamás podré olvidarlo.

El pensamiento del ser humano es impresionante. Los sueños lo son aún más. Pero la vida y los distintos rumbos que ésta nos depara son más sorprendentes todavía. Estoy en mi habitación, analizando mi presente, mi pasado, mis vivencias y la historia de mis generaciones pasadas. Entendí que lo importante es vivir, con

todo lo que esto implica. Soñar, pensar, planear, inventar, descubrir. Vivir experiencias y ser lo suficientemente inteligente para aprender de ellas. Caer y volver a levantarse con más fuerza. Encontrar motivos para escribir una historia inolvidable. La vida merece ser vivida. Soñar es involuntario. No decido hacerlo, está fuera de mi control. Pero los días, y la utilidad que les doy es meramente responsabilidad mía. Soy dueña de mis aspiraciones, y culpable si no lucho por cumplirlas. Tengo el privilegio de ser parte de un mundo con dificultades pero plagado de oportunidades. La vida no está perdida, ni siquiera en los momentos más oscuros. El tiempo es un recurso limitado, pero contamos con el suficiente como para reivindicarnos y caminar por el sendero que nos conduce a nuestros sueños. No los que aparecen por la noche, en nuestra cabeza, sino los reales, los que podemos ver con nuestros propios ojos, en el lugar más lindo que podemos estar, la vida.

Entonces, ¿Voy a seguir soñando?